

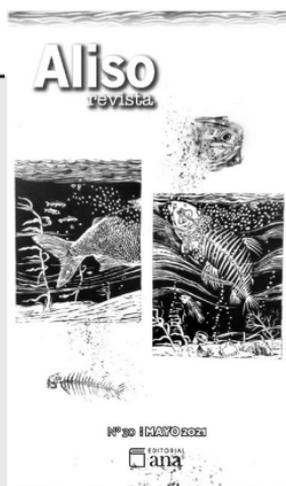
Aliso

revista



Nº 30 | MAYO 2021

EDITORIAL
ana



Escriben en este número de Aliso Revista: Pablo Felizia, Melé Graglia, Kevin Jones, Juan Luis Henares, Julián Obeid, Manuel Castrogiovanni y Rocío Fernández Doval.

La ilustración de la tapa es una obra de **Mario Daniel Milocco** que se titula “**Así estamos**”. Se trata de una xilografía que participó en el Salón de Entre Ríos 2020. En palabras del artista, es una alusión al desastre medioambiental en el sector itícola.

Las obras del interior de la revista son de Julián Obeid.

Aliso Revista es una idea de Pablo Felizia y César Heinitz, realizada con el apoyo de Nicolás Tavella. Una propuesta de **Ana Editorial**, llevada adelante por **Aliso Imprenta**.

www.anaeditorial.com

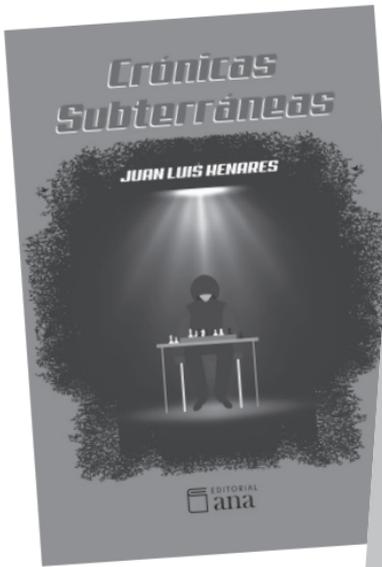
📍 **Ana Editorial**

📱 **@anaeditorial**

EDITORIAL

Desde hace 30 meses, Aliso Revista está en la calle. Cuando iniciamos el proyecto, desde Ana Editorial solo sabíamos que la clave de una propuesta cultural, era su continuidad. Queríamos una revista que pudiera ser publicada a pesar de los cambios económicos y políticos; hoy, también enfrenta a una de las pandemias más dolorosas de la historia. Creíamos, por aquella Fase 1 ante la llegada del coronavirus, que no íbamos a poder. Pero tomamos una decisión: la revista iba a salir igual, como sea, y la empezamos a cargar en nuestra Web para quienes deseaban leerla en formato digital. Todos los días, desde entonces, decenas de lectores van en su búsqueda a través de Internet o se acercan hasta las librerías más importantes de Paraná para llevarse un ejemplar. Sabemos, porque nos han escrito, desde entonces hay quienes la coleccionan.

En este camino, ante los primeros números, nos decían que debíamos cobrarla, que nadie hacía nada gratis. Pero nuestra idea era distinta. Hace muchos años, en Santa Fe, apareció una revista: El arca del sur. Cuando era chico, unos 12 años, empecé a leerla. Aún conservo varios ejemplares. En su formato, era muy parecida a Aliso Revista. De hecho, hace más de 30 meses, les contamos a los realizadores de



aquella experiencia que estábamos dispuestos a robarles la idea. Quedaron encantados; ellos, dijeron, habían hecho algo parecido allá en los 90.

Y así, con esa autorización iniciamos la tarea. Queríamos un espacio para las escritoras y los escritores entrerrianos. Darle el lugar a la fotografía y a los artistas plásticos; durante un período llegamos a publicar hasta un comic, aunque los más viejos de Ana Editorial, todavía le decimos historieta.

Hicimos números dedicados a la causa de Malvinas, a fechas importantes. En la tapa hubo obras ganadoras de concursos provinciales, trabajos realizados por artistas reconocidos, fotografías y dibujos de autores de la provincia.

En el medio pasaron dos Presidentes, dos gestiones provinciales y dos intendentes de Paraná; pero también, nos atravesó esta pandemia y todos los caminos difíciles de la economía. Aliso seguirá en la calle, porque ese es su lugar.

Este mes publicamos dos libros: **Los encantados** de Kevin Jones y **Crónicas subterráneas** de Juan Luis Henares. Las dos obras se hicieron con fondos propios de la editorial, en una apuesta grande, al menos para nosotros y más en este contexto.

Aliso lleva dos años y medio de trabajo sin interrupciones. Desde aquí abrazamos al pueblo lector y les mandamos fuerzas para seguir en el combate contra esta pandemia.

Pablo Felizia - Director Aliso Revista

CÓMO LE DIGO

Abrimos el N° 30 de Aliso Revista con uno de los mejores cuentos que hemos recibido. Una obra de la escritora **Melé Graglia**.

Y yo cómo le digo a mamá para que me crea me da miedo de que se enoje conmigo qué culpa tengo yo de ser petisa y que mis brazos sean gordos y se me noten mis tetitas mamá dice que no se dice tetas ni tetitas pero cómo le voy a decir pecho cuando me manda a la carnicería me dice pedí medio kilo de pecho para el puchero yo no soy puchero y qué culpa tengo de tenerlas yo me agacho para que no se den cuenta los chicos y a veces me duele la espalda pero no me gusta que me miren y conversen entre ellos y se rían cuando me miran así me da una bronca con mi hermano porque es varón aunque él no me dice nada anoche fuimos a la casa de una maestra y la hija de ella que es más chica que yo me tocó y me preguntó qué tenés acá y me puse colorada me dieron ganas de decirle y qué voy a tener pavota pero no me animé me parece que la madre de ella va a ser mi maestra a ver si me agarra rabia y cómo le digo a mamá que no quiero ir más que me da miedo como cuando me dice andá a comprarle agujas a don Martín andá a comprarle hilo blanco a don Martín cuando está doña Regina sentada en un sillón yo me quedo tranquila no sé por qué no atiende ella pero me parece que ya no habla y es tan flaca la pobre con ese vestido largo negro que parece la solapa y ya sé que la solapa no existe pero pienso que si hubiera una solapa sería igual que ella y cuando la saludo ella me mira con una sonrisa no sé a mí me parece triste me da lástima y don Martín cuando está ella me dice qué desea señorita no sé para qué me dice así si sabe que no tengo más que ocho años una bobina de hilo blanco le digo y le doy la plata y él ni me toca y yo no tiemblo como cuando está solo y yo cómo le digo a mamá que no quiero ir más que me duele la panza cuando me aprieta los brazos y me dice qué linda qué gordita cuando vuelvo me miro los brazos en el espejo qué fea que soy voy a dejar de comer chocolate dicen que engorda pero es tan rico y si no cómo le digo a mamá que no quiero cerrar los ojos de noche porque si me duermo unas manos peludas me persiguen y yo grito y grito y mi mamá dice pero a esta chica qué le pasa por qué llora así y yo vomito y ella calmate hijita no te va a pasar más es una pesadilla pero yo sé que las manos me van a alcanzar si me duermo y cómo le digo a mamá que le tengo miedo a don Martín si todos dicen que es un hombre tan bueno qué me puede hacer no me va a creer.



JAPHO
5/09

MI PRINCESA

Un texto de **Kevin Jones**.

Semanas atrás, en la plaza Sáenz Peña de Paraná –con los cuidados y la distancia necesaria–, Kevin Jones presentó **Los encantados**, su nuevo poemario. Ahí estuvimos. Ahora, para este número, el escritor nos envió el texto que aquí compartimos.

Estos días lloro viendo vídeos de las ediciones españolas de *La Voz y Operación triunfo*. No todas sus versiones me llaman la atención. Me interesan especialmente las emisiones de los últimos años de *La Voz* y el *OT* del 2017. En los vídeos de esos programas, muchos comentarios hablan de esas como las mejores temporadas porque rescatan “la esencia” de los programas. No se sabe cómo hacemos las personas para conocer la esencia de un envío televisivo, pero también es cierto que muy pronto el público lo sabe. Es algo que las imágenes nos comunican telepáticamente. Si me detengo en la televisión es porque a nuestras vidas faltan de fábulas les pueden venir bien unos cuentos. Los de los concursos no son necesariamente de hadas, pero se les parecen con una voluntad de preservación histórica que sorprende.

Empezando por la ciudad que recupera su calidad de bosque encantando. En cada performance, no se trata solo de oír cantar sino también de imaginar esas urbes, Madrid o Barcelona, lo mismo da. Metrópolis que dan a las semanas mayor peso (mayor pérdida y confusión), como se nota enseguida en el plató de *La Voz* se queda más inmenso cuando los participantes hablan de dónde vinieron o por dónde viven. Alguien que dice es de “aquí, de Madrid” se ve pequeñito allí en esa urbe antigua por cuyas avenidas y subtes debe haberse tenido que enmarañar para llegar quién sabe a las cuántas de la tarde y presentarse ahí a concursar. Toda esa distancia se pone allí como un eco ante cada palabra que dicen dentro. A medida que avanzan, las palabras dichas hacen a cada persona más pequeña y los días más grandes. Recortes en ese bosque, los vídeos traman relatos efímeros, pero no por ello menos profundos o necesarios. Hay uno donde una nenita pide a David Bisbal que canten juntos su tema “Mi princesa”. Empieza ella y después sigue él. Cuando va a empezar la parte del otro, la niña da por cerrado su esfuerzo



sobrehumano para cantar ante su príncipe toda su parte enterita y se entrega a los brazos fuertes del famoso para que la tenga a hombros el resto del tema. Vuelve a ser indefensa, y a él le queda como pintada.

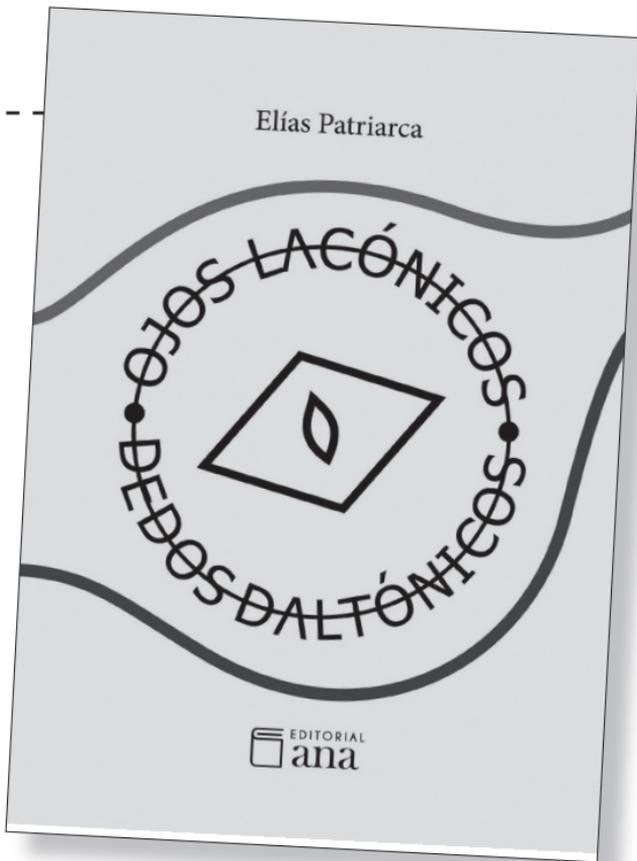
Entonces la cámara los pone en cuadro y parece que Bisbal acabase de tener una niña, le hubiese compuesto el tema y ahora como lo más natural del mundo se pusiesen a cantarla enfrente a todos nosotros. Es que no hay ni pudor, y eso es lo más interesante de las imágenes. Son impúdicas, pueden mostrar todo lo que les pongamos delante.

Si estuviese dando clases usaría el vídeito de Bisbal para mostrar con que precariedad, velocidad y contundencia se pueden construir las ficciones. Esa capacidad para adaptarse a donde sea que las dejemos sueltas (para hacernos emocionar) es una prueba más de lo mucho que las necesitamos para estar aquí solos, en la gran ciudad en que se ha ido convirtiendo el mundo que conocemos.

Otra cosa en que las imágenes van coincidiendo con los cuentos es en su capacidad para hacernos recordar. Me acordaba por ejemplo de cuando éramos más chicos y una amiga me avisó mientras aprontaba el mate que ya venía Bisbal. Lo estábamos esperando porque esa noche cantaba en lo de Susana. Y en efecto, como se nos había prometido, ahí estaba con su melena enrulada, llena de sortijas doradas y la mejor sonrisa de conquistador español en tierras bárbaras.

Ahora cuando lo vuelvo a encontrar, como a un familiar, en estos vídeos que el canal *Antena 3* de España con tanta amabilidad sube a internet para mí, veo que ha cambiado mucho con los años. Sus rulos de oro no están y han sido reemplazados por un corte más liviano y pequeño. Sucede además que sus gestos tienen una medida nueva, no presente cuando recién lo conocimos. Capaz sea que se casó y tuvo hijos, eso puede darle un porte más maduro y adulto. No me detengo a investigar, no cambio de pestaña, porque las imágenes pueden comunicar por sí mismas su propia verdad. Al ser partes de un mismo archivo, los vídeos pueden valerse con autonomía para narrar la historia que cuentan.

Pero no solo el tiempo nos recuerdan las imágenes. El deseo, con su firmeza, cabe también en ellas. En el fondo somos simples, Dios mismo lo sabe, y anhelamos una contundencia visceral que sea capaz de esperarnos al otro lado de la pantalla. David con su añeja sonrisa, brillando los ojitos, mientras se da vuelta su silla en el concurso porque nos ha elegido.



Estos escritos traen en sus espaldas una invitación a disfrutarlos, reflexionar o dejarlos bajo el polvo del abandono. Mutua compañía en este camino de ojos lacónicos y dedos daltónicos, los míos y los suyos. Ojos que todo lo ven, dedos que todo lo niegan. Ante la imprecisión y la confusión de encontrarnos en un mundo de estas características no puedo menos que rendirle culto al desencuentro entre lo sentido y lo dicho, entre el cansancio y la euforia, entre las ganas y los modos, entre la velocidad y el contacto... Si alguna tarea podría adjudicarle a esta producción, sería la de remover la arena apelmazada en el reloj de alguno de tus días.

ACERCA DEL AUTOR

Edgardo Elías Patriarca nació el 27 de octubre de 1990 en Paraná, Entre Ríos. Actualmente está finalizando los estudios de Licenciatura en Psicología en la Universidad Autónoma de Entre Ríos (FHAyCS - UADER). Desde niño encontró como medio de expresión a los instrumentos musicales y desde adolescente adquirió el gusto por la escritura, ambas actividades que aún sostiene en la práctica diaria.

Instagram: elias.1990

E-mail: patriarcaelias@gmail.com



EDITORIAL
ana

www.anaeditorial.com
pablofelizia@anaeditorial.com / 0343 154595738
nicolastavella@anaeditorial.com

JAQUE MATE

Crónicas subterráneas es el nuevo libro de **Juan Luis Henares**. En este número de Aliso Revista presentamos **Jaque mate**, el cuento que abre la obra.

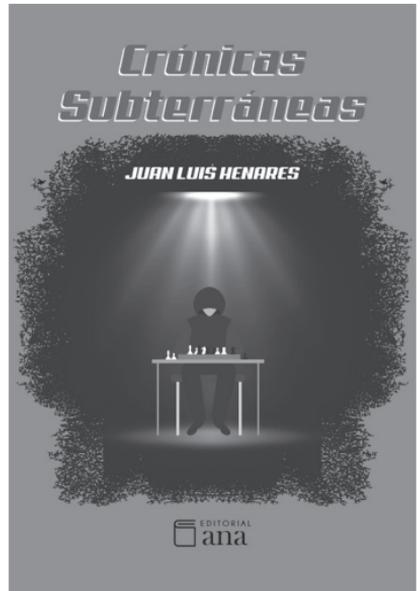
Llevaba un largo tiempo inmerso en este juego. Me maldecía al no haberle hecho caso a mi padre cuando un domingo me dijo, al notar que le ganaba con facilidad, que podría averiguar por el club local. Lo miré, le contesté que con el básquet tenía suficiente y seguí concentrado en el tablero. ¿Por qué no acepté su consejo? Una década después, casado y con las obligaciones del trabajo, el deporte era solo un recuerdo lejano; me sentía triste y frustrado, algo faltaba. Comprendí que la competición era un condimento fundamental en mi existencia y resolví regresar a las canchas; pero mi cuerpo no era el mismo, imposible volver con quince kilos de sobrepeso. De modo que el ajedrez entró a mi vida. Bastante tarde, ya que comenzar a los veintidós años no era lo ideal, pues me había perdido el aprendizaje que otorga la etapa de los campeonatos infantiles.

Mis inicios fueron auspiciosos; el primo de mi cuñada jugaba en segunda categoría del Círculo Paranaense de Ajedrez, allí me citó una lluviosa noche de invierno. Me enamoré del lugar, un pequeño sótano perdido entre las galerías del Círculo de Obreros, ubicado frente a una plaza en la cual esperé resguardado bajo el paraguas. A las veinte en punto descendí por las escaleras e ingresé a la sala; me invadió el olor a humedad y debí acostumbrar mi vista a la poca iluminación. Pablo finalizaba la partida aplazada con Daniel, también de segunda categoría; saludé y aguardé sentado a un costado para no molestar, acabaron en tablas tras cincuenta y tres movidas de una —lo comentaron ellos, yo no conocía acerca de aperturas— Defensa India de Rey. Charlé un rato con ambos y al retirarse su rival mi anfitrión ofertó jugar. Me asusté, pensé que con su experiencia me daría una paliza; mas me equivoqué, al no dominar la teoría lo confundí y vencí.

A partir de ahí fue mi obsesión. Al principio era mayor el número de derrotas, con esfuerzo logré revertir los resultados; me levantaba a las cinco, estudiaba tres horas estrategia y táctica y a las ocho partía en bicicleta rumbo al empleo que

tenía en un comercio de la ciudad. Urgente me las ingenié para ser despedido, lo que llevó a discusiones y la separación con mi mujer. Con el objeto de sobrevivir compraba por mi cuenta artículos de venta libre, los cargaba en un bolso y revendía en kioscos y despensas. Un conjunto de circunstancias que, vaya casualidad, me permitieron dedicar horas extras al estudio del juego; pronto gané el certamen de cuarta categoría y ascendí a tercera, luego a segunda y al fin a primera. Hasta que un día todo se transformó.

El armenio Tigran Karposián, excampeón mundial, participaba en un torneo magistral en Buenos Aires; al terminar daría una sesión de simultáneas, para la que propusieron enviar representantes a los clubes del interior. Con Carlos y Raúl —obtuvimos los primeros puestos en el clasificatorio en Paraná— arribamos tras doce horas en tren. Previo al viaje pedí en la biblioteca del barrio un diccionario traductor ruso-castellano; deseaba intercambiar unas palabras con el veterano campeón, del que se rumoreaba que sufría problemas cardíacos. Al llegar al Club Argentino de Ajedrez los agentes de tránsito habían cortado la circulación; la prensa ocupaba la acera sobre calle Paraguay al mil ochocientos



donde se encontraba la antigua casona. En la historia del club se distinguía haber sido sede en 1927 del match por el título mundial entre el ruso Alexander Alekhine y el cubano José Raúl Capablanca, considerados los mejores de la historia. La mesa en que se disputó el encuentro permanecía preservada como un tesoro; la fotografiamos y nos acomodamos en la sala. Los murmullos invadían el ambiente; se produjo un silencio y las cámaras apuntaron a la entrada, Karposián se acercaba a paso lento y saludaba a la concurrencia con inclinación de cabeza. Con su cabello gris, espesas cejas y largo sobretodo negro me recordó a Leónidas Brézhnev. Concluida la bienvenida que pronunció el presidente de la Federación Argentina, realizó la primera movida. Tres largos maderos



con veinte ajedrecistas cada uno, ubicados a los laterales y al frente de la puerta de entrada, marcaban un circuito dentro del cual realizaría sus jugadas. A medida que se desplazaba alcancé a notar gotas de sudor en sus sienes; aunque hacía frío era tanto el público que la temperatura había subido varios grados. Me repetía la frase memorizada, nervioso por pronunciarla de forma correcta; al llegar a las últimas sillas saludó a Carlos sentado a mi izquierda y en su tablero arrancó con el caballo de rey a la tercera casilla de la columna alfil. Luego llegó mi turno, estiró su mano derecha a la vez que con la izquierda avanzó el peón rey; la estreché y, debo admitir que tembloroso, pronuncié mi discurso.

—Для меня большая честь познакомиться с вами, этот день ознаменует собой до и после в моей шахматной карьере.

Lo que en castellano significaría es un honor conocerlo, este día marcará un antes y un después en mi carrera ajedrecística. Al escucharla, sus facciones color marfil adquirieron un tono rosado y la sonrisa afloró en sus labios.

—No sé cómo juegas ajedrez, pero si lo haces como pronuncias el ruso no te auguro un gran futuro —lo dijo en nuestro idioma, sin dejar de apretarme con firmeza, y lanzó una carcajada que se contagió a lo largo del salón.

—Tigran, si puede transmitirme una pequeña parte de sus conocimientos será suficiente para convertirme en un excelente jugador —repliqué turbado y todos aplaudieron.

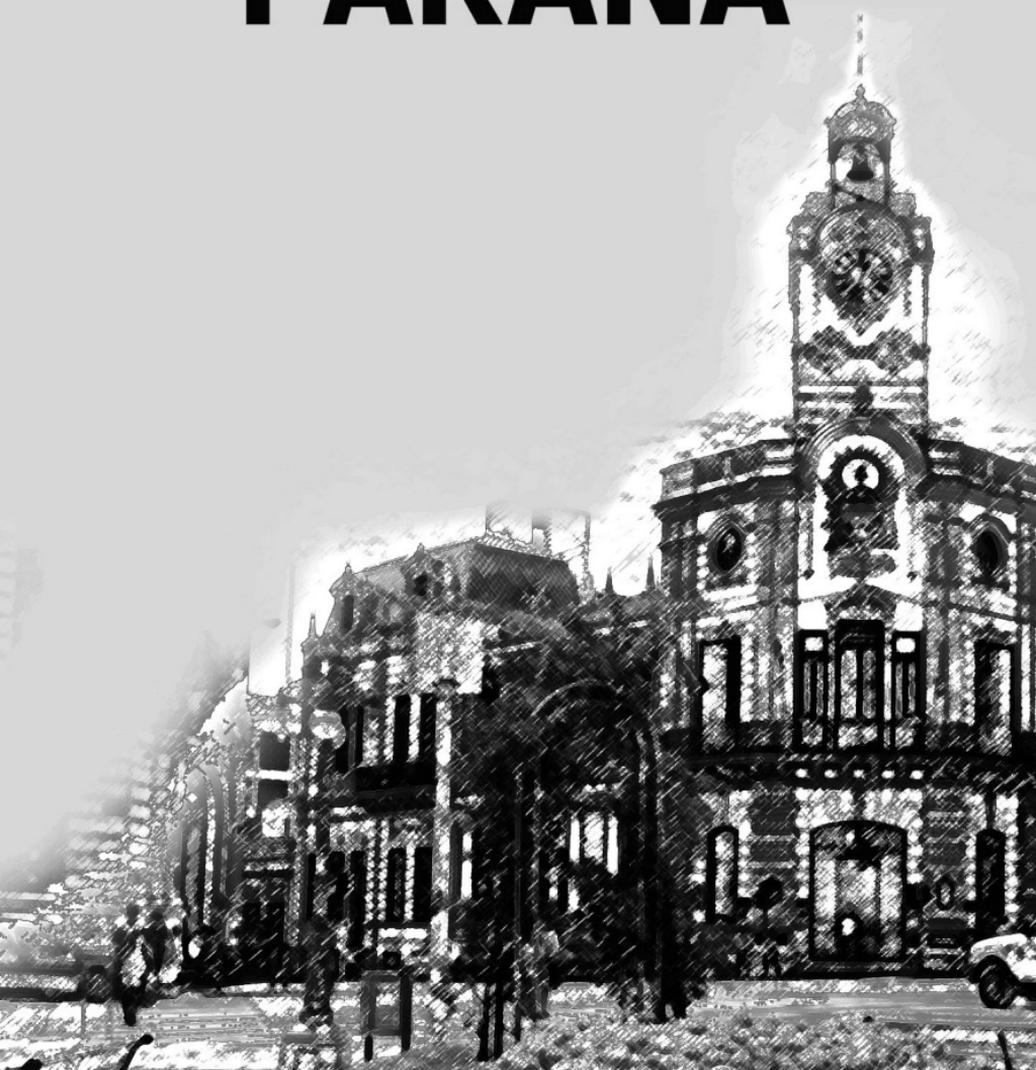
Me miró con sus pequeños ojos negros y percibí en la palma una intensa descarga de energía que logró que se erizaran mis pelos. Me soltó, dio unos pasos, alargó la diestra y, antes de que Raúl pudiera tomarla, se dibujó en su rostro una mueca de dolor; de no ser por una joven que llegó a socorrerlo se hubiera derrumbado al piso. El griterío fue ensordecedor, corrían al teléfono en busca de auxilio. Noté que me miraba, sus ojos estaban clavados en los míos y un cosquilleo recorrió mi cuerpo. De inmediato cayó en brazos de los asistentes. Falleció en el acto.

A la semana siguiente empezaba el certamen local de primera categoría; de los ocho participantes el candidato era el múltiple campeón del club: Raúl. El resto pelearíamos por el segundo puesto, que junto al ganador clasificaba al torneo provincial. Victoria sencilla resultó la partida frente a una muchacha que ascendía de categoría; lo mismo sucedió en las dos rondas posteriores, ante rivales que no solían des-





MUNICIPALIDAD DE
PARANÁ



tacarse en esta fase de la competencia. A partir de la cuarta fecha llegaba el turno de Pablo, Daniel y Carlos, con ellos solía tener buenas y malas rachas. Lo raro fue que dominé a los tres sin atenuantes, a Pablo con negras en treinta y tres movidas de una Defensa Nimzoindia, a Daniel —repetí color— en treinta y siete de una Defensa India de Dama y a Carlos con blancas en cuarenta y dos de un Sistema Colle. En determinado momento tenía una extraña sensación que no llegaba a interpretar, realizaba jugadas que no habían estado dentro de las variantes analizadas. Las hacía y presuroso me preguntaba el motivo, mas el triunfo enseguida despejaba mis dudas.

En la última fecha confrontaría con Raúl, ambos llegábamos con puntaje ideal. Jamás lo había vencido, a duras penas algunos empates, los que sentía que eran producto de la amistad que reinaba entre nosotros y no de mi nivel de juego. Inició con el peón rey; con las negras avancé igual pieza un cuadro, mi acostumbrada Defensa Francesa, a la que respondió con la Variante Tarrasch. Rápido se presentaron complicaciones; aunque intuía la posibilidad de un contrataque no lograba hallarlo. De repente mi mano con el alfil capturó un peón; mi sorpresa fue total, entregaba la pieza a cambio de una menor, y lo que es peor aún, sin que mi cerebro lo haya ordenado. Raúl eliminó el alfil con la torre y mis dedos, juro que no fui yo, sacrificaron la dama. Mientras los demás miraban con gestos de reprobación, mi



MARGA
■ Historias reales ■

Marga es una revista mensual independiente. Invitamos a participar a nuevos auspiciantes y emprendedores con el fin de sostener y apoyar este proyecto.

Si querés comunicarte con la revista Marga o contar tu historia, podés enviarnos un Whatsapp al: 3435063667
Facebook: Revista Marga Instagram: Revistamarga



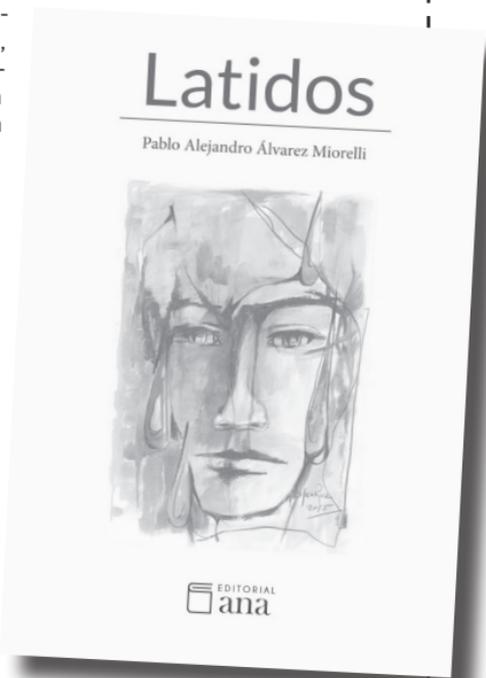
Escribió Silvina Alvarenga:

Transitando esos caminos por los que te lleva este oficio de enseñar, cuando creía que ya nada me podía conmover conocí a Pablo, maestro de 1er. año. Solía escuchar sus clases y podía sentir cómo se abrían aquellos intersticios en la realidad de sus estudiantes por donde se podían percibir otros destinos, promesas que él aseguraba con el tono profundo de sus palabras. Esto que les cuento continúa, la elección del tiempo verbal, el pasado, se debe a que yo no trabajo más en esa escuela, pero él sigue LATIENDO en aquellas aulas, suerte para esos chicos y chicas que comparten ese territorio, dónde aún se pueden torcer destinos.

Hoy tengo el enorme honor de presentar esta obra, cuyo autor es Pablo Alejandro Álvarez Miorelli, poeta y amigo, que interroga, con gran vehemencia, al amor, al tiempo, a la conciencia, a la pertenencia y a la pertinencia. En ella los sentidos toman cuerpo y se convierten en tribunal de lo sensible dónde es considerada nuestra condición humana. Su lectura arrastra, organiza, limita y diluye nuestras fronteras, transita nuestras venas, llega al corazón y DEVIENE EN LATIDOS, como dice el autor:

“...Sigo buscando tiempo y espacios para mi condición humana, para ese lenguaje de las formas etéreas que atraviesan a las almas inconmovibles. ¿Dónde aparece el porqué de este libro? En algún encuentro ¡En algún encuentro! ¡En algún encuentro de Latidos y de palabras para el encuentro! En algún latido”.

Agradezco el espacio para compartir con los lectores los sentimientos que me generó esta obra.



adversario aceptó la ofrenda. Desesperé, si no descubría una combinación estaba perdido; a punto de abandonar automática mi brazo dio jaque con un caballo.

Raúl detuvo el reloj.

—Estupendo, lo pasé por alto, te felicito —me dijo atónito.

Los ajedrecistas que rodeaban la mesa hicieron preguntas, yo no atinaba a contestarlas; no podía explicarles, ni siquiera tenía en claro cuál era la secuencia a seguir para ganar. Con la excusa de orinar me encerré en el baño, debía evitar pasar vergüenza.

En aquel tiempo incrementé las horas de estudio, solo las interrumpía al comer y dormir; los sesenta y cuatro escaques fueron mi mundo, los treinta y dos trebejos sus habitantes. Raudo todo se precipitó, me proclamé campeón provincial, nacional y sudamericano; gané el interzonal, conseguí primero el título de Maestro Internacional de Ajedrez y luego el de Gran Maestro. De este modo clasifiqué a los duelos que definirían el Torneo de Candidatos; en ellos, en la primera ronda superé a un rumano, en semifinales a un noruego y en la final a un inglés. Obtuve el derecho de enfrentar al monarca, el soviético Anatoli Petrov.

La situación en el tablero se tornaba inestable; en ocasiones no ocurría nada fuera de lo normal, los movimientos fluían y acertaba el camino que me llevaba a la victoria. En otras llegaba ese impulso que no podía esclarecer, mi mano se apoderaba de las piezas y las trasladaba de manera frenética; de golpe cesaba y quedaba ante una posición ganadora a la que había arribado a través de una fuerza desconocida que súbita surgía sin control y no como resultado de un minucioso plan.

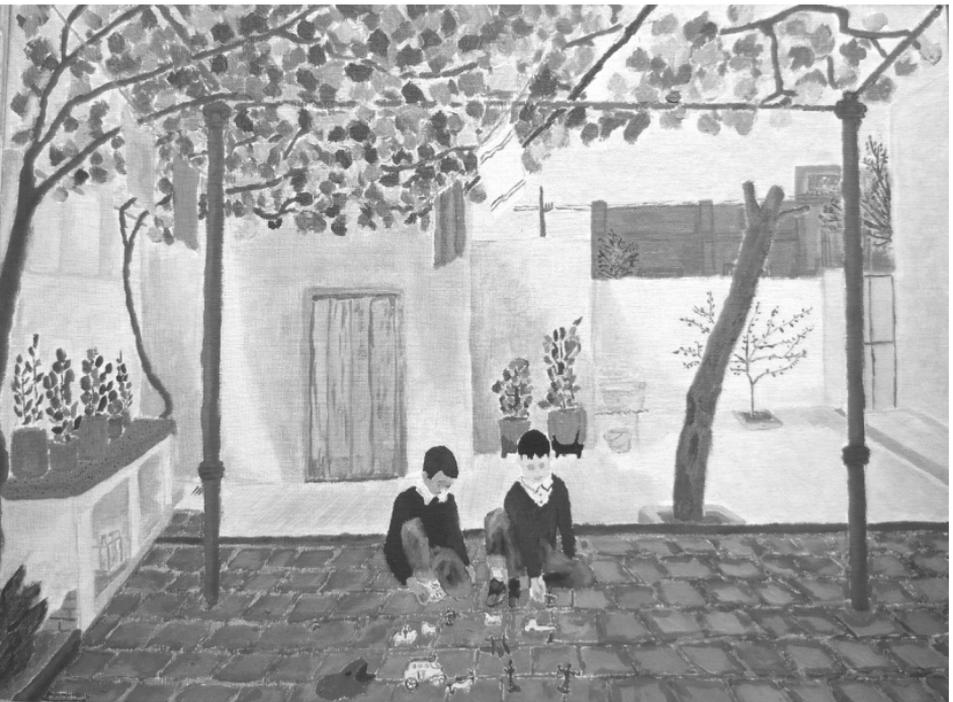
Seis meses antes del encuentro recibí una oferta desde Estados Unidos para disponer gratis de ocho maestros asesores; querían a cualquier costo batir a los soviéticos. Estos equipos examinan las tácticas del rival e idean las propias, ¿cómo les explicaría mis combinaciones? Rechacé la propuesta, la prensa se hizo eco y las críticas llovieron. La Federación Argentina me propuso entonces pagarle pasajes y estadía a un grupo de fuertes jugadores locales; accedí, aunque la sorpresa fue mayúscula cuando vieron el listado con los elegidos: Carlos, Raúl, Daniel y Pablo, mis amigos, carentes de calificación internacional alguna. Argumenté la necesidad de estar rodeado de personas que conocieran en profundidad mi estilo y estrategia; a regañadientes los aceptaron.

Reuní a los cuatro en un café.

—El secreto —les dije— es que mis manos parecen cobrar vida sin que pueda controlarlas.

Se miraron asombrados y rieron a carcajadas, pensaron que bromeaba y el comentario quedó en el olvido. Comenzamos a proyectar el futuro viaje.

Anatoli Petrov poseía todos los medios; junto a un escuadrón de expertos analistas preparaba las líneas a jugar. Doce años atrás había vencido en los salones del Kremlin de Moscú a Karposián con el apoyo de la Federación Soviética; pese a que los dos la representaban, Petrov era ruso y pertenecía al Partido Comunista, Karposián armenio y sin filiación política declarada. Los medios internacionales denunciaron un sinnúmero de irregularidades: agentes de la KGB que vigilaban a la delegación del campeón, lentes espejados usados por el retador para molestar con el reflejo a su oponente y hasta la presencia de un parapsicólogo que, ubicado en las primeras filas, intentaba bloquear la mente de Tigran. Tras la derrota el armenio enfermó, su salud se debilitó y nunca volvió a tener la chance de recuperar el título. Capablanca, Karposián y Petrov eran mis ajedrecistas predilectos; uno falleció previo a mi nacimiento, con otro me topé en su final, llegaba el momento de conocer al tercero.



Venecia estaba vestida de fiesta; exploramos sus recovecos durante la semana anterior, recorrer en góndola sus canales fue la actividad preferida. El match —se llevaría a cabo en La Fenice, famoso teatro construido en el siglo XVIII— sería a veinticuatro partidas; en caso de empate el moscovita retendría la corona. El juego inaugural se podría decir que fue de estudio, alcanzamos la igualdad sin arriesgarnos a perder tan temprano, lo que habría sido un golpe psicológico demoledor. Mas aconteció algo que no lograba explicarme. Luego de que el árbitro pusiera en marcha el reloj estrechamos nuestras manos.

—Удача —pronunció Petrov con intimidante mirada.

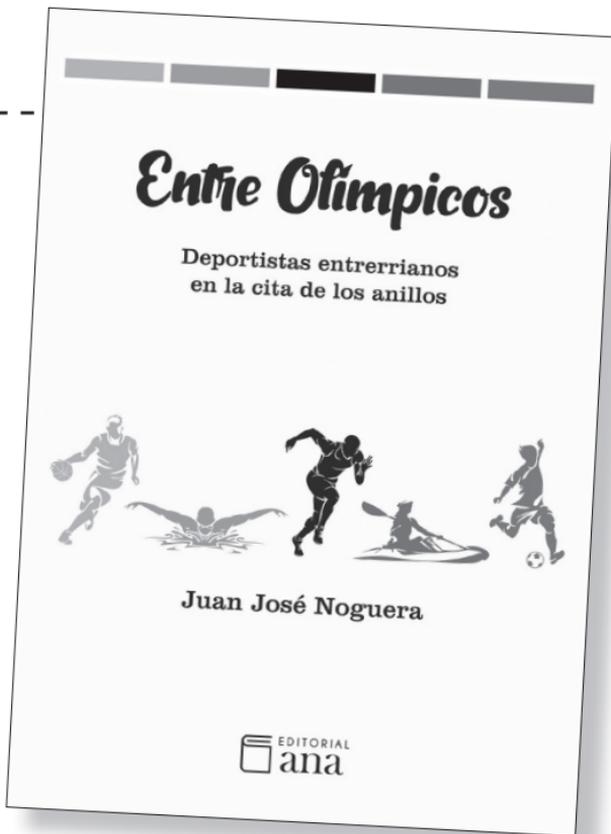
Antes de viajar tomé clases de idioma ruso con Svetlana, una hermosa soviética que vivía en mi ciudad, por lo tanto conocía su significado: suerte. Siempre me pareció que deseársela al rival era un acto de hipocresía total. Si él la tiene te vencerá, ¿y quién anhela que su adversario le gane? Me dispuse a responderle en castellano con la acostumbrada expresión buena partida, lo que no era desearle el triunfo ni mucho menos. No obstante, de mi boca salió otra.

—Жажда мести.

Avancé dos casillas el peón dama, Petrov se puso pálido y me miró de reojo, titubeó y movió el caballo de rey. Quedé pasmado, no era un término que conociera. Además me turbó en extremo que la voz que lo pronunció no fuese la mía, sino otra grave y lejana, la de alguien que tenía muy en claro lo que decía. Al finalizar, ofrecí tablas al promediar un Ataque Torre, fui directo a pedir que averigüen urgente su sentido; llegué al hotel y me encerré en la habitación. Horas después nos reunimos los cinco, Carlos traía la traducción: venganza. Les conté que esa palabra no salió de mí, no me creyeron y la adjudicaron a la tensión, sin embargo empecé a confirmar mis sospechas.

En los siguientes juegos descubrí que las espontáneas movidas no llegaban. En el tercero caí en una posición inferior, con el flanco rey debilitado y las piezas de Petrov listas para lanzar un ataque. Prolongué la defensa a la espera de que mi mano se desplazara sin aguardar la orden y realizara una genialidad; nada sucedió, aprisa debí rendirme. La situación se repitió en el siete y el diez, me encontraba abajo tres a cero. Empeoraba todo el hecho de que al esforzarme en hallar la variante salvadora comencé a tener fuertes dolores de cabeza. Solicitamos un médico; tenía la presión arterial demasiado





¿Por qué escribir y publicar un libro sobre los entrerrianos y los Juegos Olímpicos? ¿Qué relación tiene esta provincia con el evento más importante del deporte mundial? Para esbozar alguna respuesta podríamos recurrir a la historia del Comité Olímpico Internacional (COI) o contar quienes fueron los deportistas provinciales que tuvieron el privilegio de representar al país en algún JJ.OO. o cuáles de ellos portaron con orgullo la bandera nacional encabezando una delegación. Ejemplos sobran. Hubo entrerrianos en momentos claves para la cita de los anillos desde su refundación, por méritos o capacidad, producto de su esfuerzo y sacrificio, por sus deseos de superación y gracias a sus resultados deportivos, o porque los avatares del destino los colocaron en ese lugar.

ACERCA DEL AUTOR

Juan José Noguera Nació un 27 de marzo de 1985 en Villaguay, provincia de Entre Ríos. Es Licenciado en Periodismo y Comunicación (Universidad Nacional del Litoral) y Técnico Superior en Periodismo Deportivo (Instituto Justo José de Urquiza).

Actualmente se desempeña en Análisis Digital y como docente de nivel secundario y terciario. Además, preside desde 2018 el Círculo de Prensa Deportiva de Paraná, una entidad que reúne a periodistas deportivos de la ciudad y la región.



www.anaeditorial.com
pablofelizia@anaeditorial.com / 0343 154595738
nicolastavella@anaeditorial.com

elevada, lo que determinó mi inmediata internación y la suspensión del próximo encuentro.

Al reanudar me sentí aliviado; si bien llegó una seguidilla de empates, en el catorce —a un paso de claudicar— efectué un magnífico sacrificio que llevó a tablas por jaque perpetuo, lo que me devolvió la seguridad: al parecer ya no dependía de los caprichos de mi mano. El rostro de mi rival dejó ver su estupor ante la combinación. En el quince lo batí sin atenuantes; de los ocho posteriores seis fueron tablas y en dos logré prevalecer. Llegamos al veinticuatro y último con el score nivelado, pero con la obligación de ganar, pues en caso de igualdad él mantendría el reinado. Lo importante era que en el transcurso del match ni una sola vez había realizado movimientos disociados de mis pensamientos, lograría el título mundial sin esa misteriosa asistencia que me ayudó a llegar hasta ahí. La confianza era más fuerte que nunca.

El día de descanso solicitado por mi rival aproveché a leer los periódicos; la prensa me proclamaba el sucesor de Capablanca y Karposián. Ese lluvioso jueves el arribo fue apoteótico, las gradas aparecían colmadas, no quedaba ni siquiera lugar en los pasillos. Era el elegido del público y de los entendidos, el representante de un país periférico que se impondría a la aceptada maquinaria soviética, la dueña del ajedrez en el Siglo XX.

Petrov abrió con el peón rey y llegamos a la apertura favorita de Raúl y Pablo, la que también practiqué en mis inicios: Defensa Siciliana variante del Dragón. Lo sorprendimos, ignoraba ese detalle y junto a su equipo de maestros asesores tenía estudiada al dedillo la Defensa Francesa que yo utilizaba de manera regular. El motivo era claro, necesitaba derrotarlo, y en tanto que la Francesa acostumbra llevar a posiciones parejas que suelen llegar al empate, la Siciliana otorga chances para desequilibrar la balanza. En breve me invadió el dolor de cabeza, acompañado de una puntada en la nuca. La partida devenía equilibrada, ambos disponíamos de ofensiva contra el enroque opuesto; presentía alcanzar el triunfo, mas la aguja del reloj corría y no descifraba la jugada que fuera la llave hacia la victoria. El sudor bajaba por mi espalda, las pulsaciones se elevaban y creí que mi corazón estallaría en cualquier momento; el dolor percutía en mis sienes y me dificultaba enfocar la visión: los trebejos parecían danzar en el tablero. Deseé que regresara en ese preciso instante. Pronto una descarga descendió desde la cabeza a



mis extremidades; sin mediar orden emanada del cerebro mi mano cogió la torre y capturó un peón. Alguien lanzó un censurado grito; la tensión invadió la escena, se percibía el murmullo proveniente de las butacas. Con los ojos entrecegados observé a Petrov tamborilear nervioso sus dedos en la mesa y mover la cabeza de un lado a otro; no existía refutación, mi maniobra llevaba ineluctable al jaque mate. Un par de minutos después tomó su lapicera y mientras la multitud tronaba en aplausos y vitoreaba mi nombre firmó la planilla con su rendición. Vacilante estiró la mano al nuevo monarca; no obtuvo respuesta, yo no podía siquiera mover los labios.

La enfermera ingresa a la habitación y controla el nivel del suero conectado a mis venas; como todas las noches en este horario la acompañan mis cuatro amigos. Se acercan, me besan la frente y me relatan —los médicos les dijeron que puedo oírlos— las novedades; entre ellas, que han bautizado con mi nombre a la variante de la Siciliana Dragón con la que gané el juego final. Me encantaría abrazarlos y darles las gracias. Asimismo, contarles sobre la energía que el viejo Tigran me transmitió esa tarde en Buenos Aires; tal vez podrían comprender mis maravillosas combinaciones y la palabra venganza en ruso que salió de mi boca. Pero no puedo hablar ni moverme, solo escuchar y, por ahora, respirar.

Además, sé que ni ellos, ni vos, ni yo, creemos en esas cosas.

La suerte de las flores

Melé Graglia



EDITORIAL
ana

La suerte de las flores

Melé Graglia

EDITORIAL
ana

www.anaeditorial.com
pablofelizia@anaeditorial.com /
0343 154595738
nicolastavella@anaeditorial.com

YUSUF

Un cuento de **Julián Obeid**.

Yusuf se levanta temprano. Se sienta en la cama, hace tiempo que le duelen mucho las rodillas. Se viste con dificultad. La ropa de colores terrosos, negros o grises. Se lava la cara y se afeita despacio. En la cocina prende una radio eléctrica que sólo capta la emisora pública más cercana. Escucha un poco de noticias y espera impaciente el anuncio necrológico. Registra las edades de las personas fallecidas, que compara con la suya. Da por ganado un día más. Desayuna mate cocido con galleta criolla. Vive sólo desde que enviudó. El patio de la casa vieja que alquila, está empezando a florecer en una primavera temprana. Le gustan las plantas. En una pajarera de alambre y madera tiene una pareja de canarios. Les pone agua y unos trozos de pan duro, que muele desparramando las migas. Charla cosas inentendibles con los inocentes bichos. De un tanque que recibe el agua de lluvia por unas canaletas desvencijadas, riega un jazmín que endulza el lugar; le recuerda a su mujer.

Yusuf camina despacio las dos cuadras que separan su casa del negocio. Es un local antiguo, amplio, emplazado en una esquina. Sube con dificultad los tres escalones para ingresar por una puerta, de hierro y vidrio, existente en la ochava. Construido para almacén, el piso de pino tea sin lustrar y gastado, de un color gris difuso. Techos altos, ventanales grandes. El lugar tiene un olor familiar producido por la mezcla de mercaderías a granel y madera vieja; lo que le origina una sonrisa mezquina. Cuenta con un sótano grande y fresco, casi del tamaño del local. Sus herramientas de trabajo: una balanza de un plato color roja; otra de dos platos que usa para la mercadería menor. Las distintas pesas de bronce están ordenadas en un estuche rectangular. La heladera grande tiene cuatro puertas, fabricada en Avellaneda. Las estanterías llegan casi al techo, están pintadas verde pálido. El mostrador está moldeado por el continuo apoyo de las bolsas para los mandados, que varían según el dueño. La gente humilde, construida de tela casera. Las restantes, sintéticas con manijas de alambre grueso, forradas con colores vivos. Todo el mobiliario es de madera.

Yusuf allí despacha desde fiambre casero a las alpargatas de yute, pasando por azúcar suelta: negra, blanca o impalpable de repostería. Se guarda en cajones de madera cruda con tapas





inclinadas, se sirve con grandes cucharas de metal en bolsas de papel grueso. Los fideos también se venden sueltos, como las galletitas. Vinos solamente en botella de litro, tinto preferentemente acopiado en cajones de alambre. El café en granos para moler. Escasean los artículos de lujo.

Yusuf se crió trabajando despacio en ese negocio del pequeño pueblo entrerriano. Hombre simple; habla un castellano común rico en términos acriollados. Intercala a veces alguna frase en árabe. Su clientela mayoritaria es gente pobre. Atiende sin apuro, escucha a todos; conoce sus vidas, sus cuitas, a veces da consejos simples y prácticos. Sabe quien está enfermo o si pasa algún momento complicado. Pregunta por cada uno. La gente va contando sus problemas y el resto de la concurrencia –en su mayoría mujeres– participa. Se apacigua el drama alternado con cuestiones menores y alguna broma. Es buen cocinero. Enseña algunas recetas de cocina libanesa, como el mehshe o niño envuelto en hoja de parra.

Yusuf observa de reojo al niño que entra despacio, acompañado de un perrito que –respetuoso– espera en la puerta. Se acomoda un pantalón lleno de remiendos, que permanentemente se le cae de flaco que está. No supera la altura del mostrador, apoya una bolsa deshilachada y sin esperar su turno, pide:

–¡Don Yusu!, máma quiere un pan de jabón blanco, un kilo de grasa y fideo moño. Dice que le paga cuando él vuelva pa las casas. Anda embarcau.

–Hola Toño, esperá que termine de atender a los que llegaron antes que vos –contesta Yusuf y como un rito deposita en el mostrador unos caramelos de miel fabricados en la zona. Las golosinas desaparecen en unas manos sucias que, hace instantes, terminaron una partida de bolilla. Conoce las necesidades de esa familia y a toda la gurisada que la compone. Jesusa, su madre, cría prácticamente sola una numerosa prole; su compañero está embarcado. Su honestidad cruda no tiene límites, termina siempre pagando hasta el último centavo que rasca de sus pobres ingresos como lavandera.

Yusuf mantiene el sistema de reparto que implementó su padre. Se prepara la tarde anterior, en cajas de cartón grueso o en canasto de mimbre. Se cumple en un camioncito viejo, que arranca cuando tiene ganas. Don Lorenzo es su chofer: criollo de edad indefinida, cutis cetrino, delgado, fibroso de tanto trabajo, que habla poco o nada. Usa un pañuelo al cuello estampado con motivos pequeños y sombrero de ala corta, echado hacia atrás. Soliloquia rezongando mientras busca la mercadería. Se enoja porque la gente cada día consume más:

–¡Compran cosas al cuete carajo! –Yusuf lo escucha y ríe en silencio.

Cuando llega el mediodía no cierra hasta atender el último cliente, sin importar el horario. Después, en una pequeña piecita anexa al local, se sienta a comer un poco de chorizo casero picado grueso, agrega unas rodajas de tomate y cebolla. Lo acompaña un gato vago que, todos los días y a esa hora, rasca una ventanita que da a la calle transversal. Yusuf lo saluda como viejos amigos y le reprocha sus peleas de noviator empedernido, que le han dejado algunas huellas en su pelambre nutrida.

Yusuf vende con el sistema de libreta donde anota lo comprado, que generalmente se suma y paga al final de la quincena o mes, según la ocupación del cliente. No se liquidan intereses y si escasea la plata, se espera. Sabe que no ayuda mucho a la hora de reponer mercadería. No puede trabajar de otra manera, no puede vivir de otra forma.

Jesusa entra enojada al negocio, trae de un brazo a Toño:

–Usté es el único que puede enderezarlo a éste sabandija. Sabe barrer, puede hacerle los mandau. El padre nunca está, no cuenta pa nada. Con que le dé la comida y algo de ropa, es suficiente –Jesusa da media vuelta y se retira apurada. Toño está parado en medio del salón mirando con unos ojos grandes color azabache.

Yusuf acepta con la condición que no abandone la escuela. Toño crece demasiado para sus años, todavía no domina ese cuerpo grande en el que no termina de encajar. Como siempre, almuerza con Yusuf. El gato se ha vuelto viejo y ha perdido sus condiciones de conquistador. Esta casi ciego y prácticamente vive en el negocio; dormita acostado en un sillón a la entrada, donde recibe el saludo de cada cliente.

Toño inconscientemente copia todos los comportamientos de Yusuf, repite sus chistes, aprendió las recetas de comida árabe; y, está terminando la escuela nocturna ubicada frente a la plaza principal. Es rápido para los números y ha logrado, sin advertirlo, que el negocio no se funda. Lleva las cuentas en la cabeza y sabe negociar con los viajantes. Yusuf permanece más tiempo sentado charlando con la concurrencia; desde allí imparte unas órdenes innecesarias que Toño conoce de memoria.

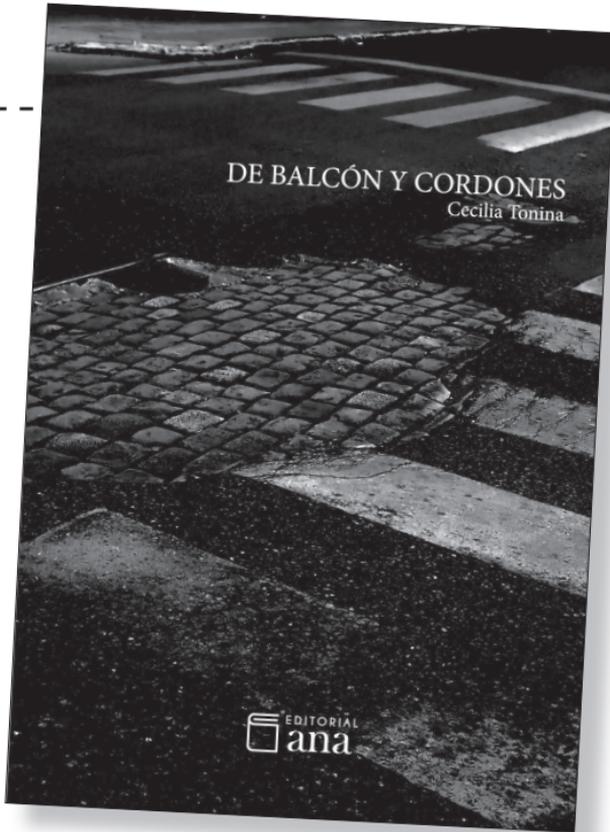
Hoy amaneció gris, muy nublado. El negocio está cerrado. Toño corre hasta la casa y encuentra a Yusuf caído entre las plantas, fulminado por un infarto. Tiene la mano aferrada a una regadera y los pájaros cantan intentando despertarlo.



El negocio le queda a Toño; Yusuf no tiene herederos y se encargó de arreglar todos los papeles con tiempo. La rutina continua y en los mediodías prepara comida para tres. Se sienta y reserva un lugar para Yusuf, otro para el viejo gato, como si vivieran. Conversa en voz alta y les cuenta cosas vinculadas al almacén, las disputas con los proveedores y los problemas de los clientes. Mantiene el sistema de libreta, escucha a todo el mundo, intenta dar consejos y por ahí, intercala alguna palabra mal pronunciada en árabe, el auditorio festeja el agregado; todos se ríen. Los inconvenientes se siguen diluyendo en ese ambiente simple y Yusuf parece estar presente.

Toño ha logrado detener el tiempo dentro del negocio. No se sabe cómo lo hace. Afuera hay una disputa feroz de precios entre dos cadenas de supermercados recién instalados en el pueblo. Toño no ha perdido su clientela. Algunos maliciosamente apuestan la fecha del cierre. Él resiste; unas vecinas lengualarga hablan de bujería con la presencia de Yusuf ayudando desde algún sitio. El misterio persiste. Toño simplemente sigue atendiendo como siempre, dedica tiempo a la gente, charla, escucha, mantiene el fiado. No puede trabajar de otra manera, no puede vivir de otra forma.





Escribió Abel E. Schaller (Paraná, otoño de 2020)

Una inquietud sedienta provocan las líneas de Cecilia.

Como en un surrealismo à la page, pregunta, nos interpela, anda de hilván en hilván buscándole sabores y aromas a las infulas del aire y de las cosas.

No quedará tranquilo quien la lea. Mas no la demandemos por el color que tiene el baúl por dentro. Seamos esos arremolinados por el viento que ella menciona y ayudémosla a encontrar las respuestas.

ACERCA DE LA AUTORA

Cecilia Tonina nació en Paraná, en 1995. Fue finalista de las olimpiadas nacionales de poesía en 2009.

Escribió su primer libro "Ecología poética: poesía de estación" en 2018 y fue editado en esta editorial un año después.

Recibida de la Tecnicatura en Música con especialización en Guitarra y de la Tecnicatura en Danzas Tradicionales Argentinas, se desempeña como bandoneonista y profesora de danzas folklóricas.

Ha realizado numerosas presentaciones, entre ellas junto al Dúo Enarmonía como guitarrista, bandoneonista y bailarina. También formó parte de la Orquesta Escuela de Tango de Paraná durante 2018 y del Ensamble de Tango del Instituto Superior de Música de la UNL en 2019.



www.anaeditorial.com
pablofelizia@anaeditorial.com / 0343 154595738
nicolastavella@anaeditorial.com

EL VACÍO DE LAS ESTRELLAS

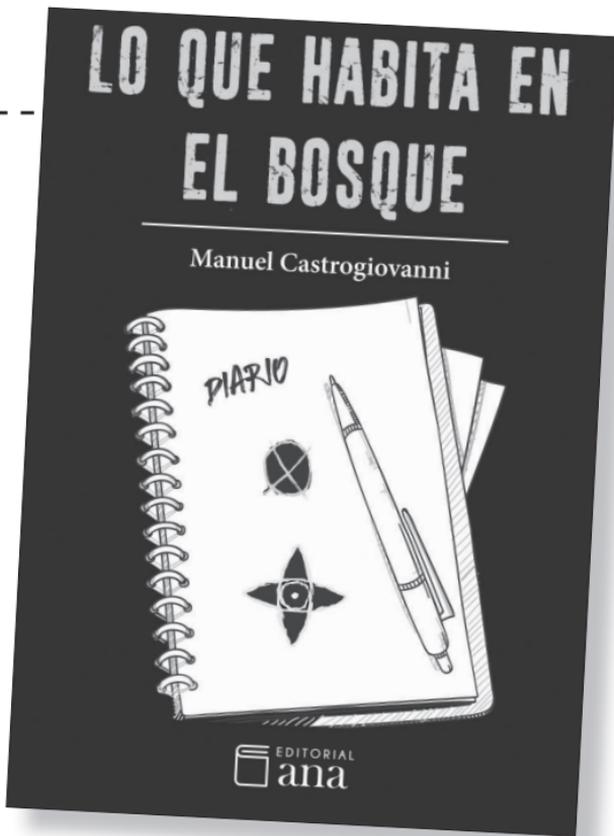
Parte 4

Desde el N° 29 de Aliso Revista, publicamos en partes **El vacío de las estrellas, un cuento de Manuel Castrogiovanni**. En abril tuvo lugar la primera, la segunda y la tercera parte de esta historia. Aquí llega la cuarta. En junio esperamos los capítulos finales.

4

Resultó que exactamente siete días después se llevó a cabo la segunda parte del experimento. Bob caminó como de costumbre hacia la casa de Murphy, sin embargo, esta vez con una voz que le carcomía la mente. Se preocupaba por la ciega y rápida obsesión de su maestro, de las consecuencias de estimular exageradamente los sentidos con una droga de Dios sabe dónde salió. Pero más allá de eso era, al mismo tiempo, consciente de tener límites, ya que sabía muy bien que, si a Murphy se lo detenía en sus empresas, uno se arrepentiría gravemente por haber hecho eso. En consecuencia, se mantenía pasivo hasta que sienta que se había sobrepasado la raya. ¿Tenían o tendrían los hermanos Berowsky esa visión o prudencia para con su profesor? Bob no tenía idea, aunque iba a estar preparado. Su humanidad no iba a opacarse por una locura de un profesional que tanto admiraba.

No obstante, otra vocecita estaba dando vueltas en su mente: los resultados de la primera sesión fueron, a medida que analizaba lo ocurrido, *llamativos*. Quitando todas las consecuencias y pensando fríamente, no lo veía capaz a Murphy de inventar semejante barbaridad. Él no estaba loco, sólo que era muy ansioso y puede ser que premeditado. Eran ya nueve años desde que lo tuvo de profesor en la Universidad de Miskatonic y cuatro desde que era su pupilo. En ningún momento había sufrido “ataques de genialidad” u ocurrencias inventadas por su psique. ¿Cómo era posible que unas simples gotitas de una sustancia medio rara produjesen *tales* visiones? No le cabía en la mente, y posiblemente porque Bob tenía mente de científico: nada comprobable es creíble. Pero ¡ese lema había sido puesto en tela de juicio delante suyo! ¿Sus pies lo estaban llevando otra vez a la casa de Murphy únicamente por cumplir o la segunda vez se estaba interponiendo por sobre la primera? ¿Iba a permitirle



Policías reciben la llamada de unos vecinos, denunciando un olor desagradable en la casa de un padre. Al entrar al domicilio, descubren una escena de pesadilla, pero lo más intrigante fue un diario, el cual muestra su descenso a la locura por sucesos inexplicables.

ACERCA DEL AUTOR

Manuel Castrogiovanni nació el 25 de enero de 2001. Vive en Paraná, Entre Ríos. Ítalo-argentino. Es estudiante de abogacía en la UCA. Es fanático del género del terror y todo lo concerniente a temas perturbadores y misteriosos desde que tiene memoria. Es lector constante de las obras de Stephen King y Howard Phillips Lovecraft (al igual que los integrantes del Círculo de Lovecraft). Su gran aspiración es colaborar para el círculo literario de Los Mitos de Cthulhu.



EDITORIAL
ana

www.anaeditorial.com
pablofelizia@anaeditorial.com / 0343 154595738
nicolastavella@anaeditorial.com

a su maestro verse dañado o “salvarlo” pero recibir una reprimenda severa? ¡Vaya dilema en el que te metiste, amigo!

La cosa fue que cuando se quiso dar cuenta ya estaba en la puerta de la casa de Murphy. Tocó el timbre y no pasaron ni cinco segundos antes que la puerta se abriera. Era Nikola.

Bob se sorprendió.

—¿Nikola? —preguntó— ¿Qué estás haciendo? ¿Dónde está Murphy?

—El profesor —le respondió con calma a medida que abría la puerta para dejarlo pasar— nos dijo a mi hermano y a mí que atendamos la puerta por si llegabas. Él se fue a arriba a arreglar... cosas.

—¿Qué clase de cosas?

—Ni la más pálida idea.

El silencio de la biblioteca era espectral e irónicamente ruidoso. Ruidoso porque decía mucho del ambiente incómodo de la casa. Los nervios se le pusieron de punta a Bob y el corazón le palpita-ba rápido. Las ideas que más o menos encuadraban en su mente minutos antes mientras caminaba eran ahora un manojo onírico de pensamientos.

Unos fogosos pasos que bajaban hicieron romper el silencio macabro del ambiente. Murphy descendía a los escalones de dos en dos. Casi se cae en uno. Al tocar suelo, miró en silencio a los tres caballeros, con una eufórica sonrisa, pero para Bob y los hermanos Berowsky la sonrisa detonaba incomodidad, preocupación y miedo.

—¡Caballeros! —vociferó esa sonrisa con rostro— ¡Qué alegría es volver a verlos juntos una vez más! ¡Sabía muy bien que no me defraudarían! ¡Por favor, suban rápido, no hay tiempo que perder! —respondieron mecánicamente y subieron.

“Aquí vamos de nuevo”, se dijo para sí Laurence. Por suerte nadie escuchó o entendió lo que dijo. Al arribar al estudio, todo estaba *sospechosamente* como la vez pasada. Pero se sentía en el aire que algo no cuadraba; algo estaba diferente. ¿Qué? Aún nadie se había dado cuenta. ¿Había tres sillas la vez pasada? Sí. ¿Había un escritorio en el medio de la habitación? Sí. ¿Ese escritorio estaba vacío? Sí. ¿Las ventanas estaban cerradas la otra vez? Sí. Entonces ¿qué? Un momento... ¡hay algo en la esquina inferior izquierda del escritorio! Ah, no, es el bloc de notas que Laurence usó. Parece que, al final, los sentidos fallaron...

—¡Quiero intentar algo nuevo con ustedes! —dijo Murphy al cerrar la puerta de su estudio.

¡Mierda! ¡Sabía que algo no cuadraba!

—¿De qué se trata, Murphy? —Bob intentó disimular su preocupación.

El maestro fue hacia la esquina superior derecha del escritorio, escondida por la nula luz que había allá, y agarró un objeto de forma rectangular... con botones... uno de ellos rojo... y con un cassette dentro...

—¡Esto! —exhaló, levantando de manera triunfante lo que había agarrado.

—¿Una grabadora? —cuestionó Nikola—. ¿Quiere que grabemos lo que usted diga?

—*Grabar y escribir* —le corrigió Murphy—. Quiero tener más de una prueba de todo lo que diga, porque hoy iremos *más lejos*.

“... *todo genio tiene su grado de locura...*”

—Usted me impresiona cada día más, maestro —bromeó Bob, más para romper el ambiente gélido que para otra cosa. Todos se “rieron”.

—Sin dudas, mi estimado Bob. Y tendrá la tarea de grabar usted.

—¿Yo?

—Exactamente. Es mi hombre de mayor confianza y no podría encomendarle tarea más importante a otra persona —dicho esto, meneó la grabadora para que Bob se acerque y la tomara, cosa que hizo—. Mi voz va a ser la primera que contará las maravillas del universo desconocido. ¡Yo romperé el molde de la astronomía! Empecemos en este instante.

Todos fueron a sus puestos correspondientes. Murphy le entregó a Nikola los instrumentos para suministrar la *saturina*. Nikola introdujo el gotero en la botellita y cuando estaba a punto de dejar caer las gotas de la droga, Murphy levantó la cabeza y dijo:

—Oh, Nikola, casi me olvido. Le pediré que no me suministre una gota por ojo. Quiero que sean *dos*.

—¿Dos? Profesor, ¿no será peligroso? ¿no podrá causarle daño o una sobredosis?

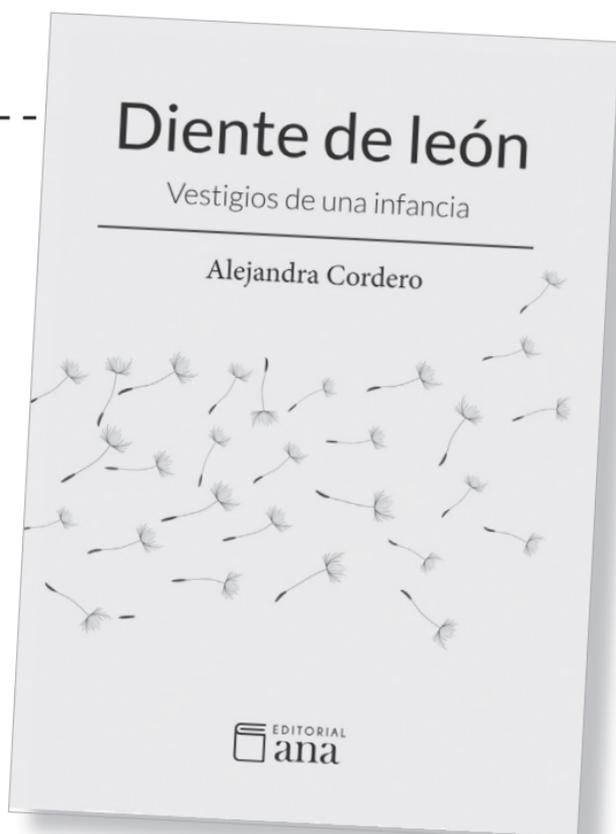
—Confíe en mí, mi querido Nikola. Es para poder viajar *más rápido* y *más lejos*. Sabe hacia dónde quiero llegar.

Nikola se quedó recalculando, no sabía qué hacer. Miro hacia sus alrededores y encontró a Bob.

—Hazle caso, Nikola. Quizás tenga razón.

Laurence no objetó nada.

Nikola no quiso estirar el asunto y se dejó ceder a la presión. Sin mediar palabra, le suministró dos gotas a la vez en casa ojo. Murphy parpadeó rápidamente como la otra vez y los cerró definitivamente, rogando porque la doble dosis haga lo que él esperaba. Les advirtió de antemano que no describiría



Diente de león es el primer libro publicado de Alejandra Cordero. Una ingenuidad perspicaz; una novela inolvidable.

ACERCA DE LA AUTORA

Alejandra Cordero, nació el 19 de marzo de 1975. Estudió Licenciatura en Letras en la UNL, es Profesora de Lengua y Literatura y se especializó en Alfabetización Inicial. Es de Gualeguay, Entre Ríos.

Trabajó varios años en la docencia terciaria, organizó talleres de lectura para adultos en la Biblioteca Popular Carlos Mastronardi, ofreció diferentes charlas y estuvo a cargo de una columna literaria en el Diario El Debate Pregón, "Bocetos para un lector".

nada sobre el Sistema Solar, por claras razones. Se limitaría a informar que estaba bien moviendo un poco el cuerpo.

Bob puso a andar a la grabadora.

Dicho y hecho. Al cabo de una hora y media desesperante, Murphy comenzó a hablar.

—Ya he dejado el Sistema Solar definitivamente. Veo a todos los planetas y al Sol alejándose muy rápido. Debo tener una velocidad de millones de años luz. ¡Santo Cielo! Me he percatado de que puedo ver mucho de la Vía Láctea. Los discos marcados de delineada majestuosidad y de colores preciosos. El brazo de Escudo-Centauro, el brazo de Norma, y detrás de mí ha de estar el brazo de Perseo. El núcleo de la Vía Láctea es de un tamaño inimaginable y muy brillante. El silencio azota el espacio, es lo que más se siente: silencio absoluto. Mi voz retumba en mi cabeza como el único sonido existente o perceptible. Las nubes gaseosas son como una especie de niebla cósmica que impregna mi cuerpo.

“Estoy dentro del brazo de Perseo, majestuoso como el solo. Estoy justo en la mitad del mismo. Los planetas se convierten en puntos casi imperceptibles, el Sol es el único que me despide. Lentamente me alejo de la Vía Láctea para adentrarme en una zona desconocida para mí.

“¡Dejé la Vía Láctea! —gritó de repente— ¡He abandonado nuestro hogar! Veo a nuestra galaxia distanciarse, achicándose muy velozmente. Las estrellas invaden mi vista, colores variopintos las acompañan. Violeta, azul, verde. Deben ser galaxias de nuestro supercúmulo, el Laniakea. Observo movimiento en la lejanía: las estrellas titilando como focos cósmicos. Quizás en cualquier instante estaré adentrándome en el Supercúmulo Hidra-Centauro...

Murphy estuvo en trance por al menos tres horas, en las cuales describió cómo su cuerpo (o mente) atravesaba espacios siderales a miles de millones de años luz. Divisaba galaxias, empezando por Andrómeda, ya que es la más cercana a la Vía Láctea; sobrepasó la galaxia del Triángulo. Detalló meticulosamente lo que veía con adjetivos dignos a sus visiones: galaxias, quásares, supercúmulos. “Una fauna interestelar, viva y en constante movimiento”, había dicho. Mientras tanto, Laurence anotaba todo, o al menos garabateaba y escribía palabras sueltas y a veces una que otra frase armada a las apuradas. Nikola observaba atónito cómo su profesor (¿viajaba?) en el espacio; reflexionó sobre lo que acontecía ante sus ojos. Bob, por su parte, no era capaz de entender que su maestro

y amigo andaba en un trance onírico (algo parecido a lo que pensaba Nikola, pero con una mentalidad más madura, aunque limitada por su experiencia científica) y se movía a velocidades imposibles: a medida que Murphy hablaba, calculaba qué tan rápido viajaba con tan solo oír qué describía. Esto no hizo más que aumentar la intensidad de sus nervios. ¿Cómo lograba hacer lo que estaba haciendo? Un humano no resistiría para nada. El hombre *apenas* pudo romper la barrera del sonido, ¿y una sustancia líquida permite viajar a la velocidad de la luz, sin el método científico? No le cabía en la mente; y para más *inri*: ¡no inventaba ni una sola palabra! Todos los lugares que Murphy nombraba eran reales y la astronomía respaldaba a capa y espada.

Pasaron cuatro horas, y Murphy manoteó a Bob para que lo despertara, él obedeció y al abrirle los párpados, su maestro volvió a la realidad. ¿Volver a la realidad? ¿Qué no era que todo lo que vio también era la realidad? Murphy se sobresaltó al regresar a su estudio luego de su viaje cósmico. Jadeaba fuertemente, como si estuviera muy cansado, miraba a alrededor en busca de... ¿qué? Vio a Bob y a los hermanos Berowsky, quienes lo miraban incrédulos y sin parpadear.

—¡Murphy! —dijo desesperadamente Bob— ¿Se encuentra bien? ¿Q... qu... qué pasó?

—¿Que qué pasó? —respondió con voz confundida. Luego dijo eufóricamente—: ¡Casi la supero! ¡Casi lo supero! Oh, mi querido Bob, ¡casi la supero!

—¿Superar qué? ¿qué estaba a punto de superar, Murphy? —en este punto, la voz de Bob era más un grito.

—¿Y qué cree? ¡Casi supero a la Gran Muralla de Hércules-Corona Boreal! —tomó a Bob de los hombros y lo sacudió en un ataque de felicidad, luego lo abrazó. Bob, durante todo eso, se quedó duro e inmóvil.

—¿La Gran Mura-qué? —dijeron Nikola y Laurence al unísono. Bob respondió con calma.

—La Gran Muralla de Hércules-Corona Boreal. Es la cosa más grande que existe en el universo, se cree que comprende el diez por ciento del universo conocido. Y más allá se encuentra la galaxia HUDF.YD₃, la más antigua y lejana del universo. Y, parece ser, es el *límite* del cosmos.

—O sea, ¿la frontera del universo? —se aventuró Nikola.

—Básicamente.

—Del universo conocido —corrigió Murphy—. No sólo eso —continuó—, también significa que después de sobrepasarla,

estaré ante el *universo desconocido*. ¿Saben lo que significa? ¡Significa que estamos cerca de nuestro objetivo! —rio de felicidad—. ¡Santo Dios! ¡Casi supero el universo! ¿Anotaron todo?

—Anotamos —contestó Laurence— y grabamos, ¿no es así, Bob?

Bob se había olvidado completamente de la grabadora en ese momento.

—Oh, por supuesto —intentaba hacer creer que no se olvidó. Fue hacia la grabadora, la tomó y la apagó. El sonido del botón fue un suave *click*—. Tome, Murphy, haga lo que tenga que hacer con esto. Tuvimos —recordando— que pausar la grabación en los lapsos en los que usted no habló. Estuvo cuatro horas en trance.

—¿¡Cuatro horas!?! Dios mío, uno no percibe el tiempo viajando por el espacio. Pero, aunque estemos siete horas en la sesión, valdrá cada segundo.

Nadie respondió. Murphy se guardó la grabadora en su saco, al igual que la *saturnina* que le pidió a Nikola y se puso debajo del brazo derecho las notas que Laurence hizo. Eran más o menos veinte hojas escritas.

—Bien, caballeros, cada vez nos acercamos a nuestro objetivo final. Pero por hoy es suficiente y entiendo que es muy agotador estar viendo a un hombre de ciencias cuatro horas sentado. Así que pueden ir a su hogar a descansar.

“Recuperó su sentido común...”, pensó Bob, esperanzado. “Por fin habla con cordura y no con obsesión”. Parece ser, irónicamente, que la proximidad del objetivo querido por Murphy lo calma más. ¿Pudo haber provocado su imprevisible comportamiento y mal carácter el hecho de no haber avanzado ni la mitad de la travesía? Eso lo alivió un poco. Cuando se puso una gota por ojo, no avanzaba relativamente rápido; al ponerse dos, viajó muy rápido. O sea... ¡la teoría era real! Cuantas más gotas se aplicaba, incrementaba la velocidad. ¿Tenía lógica eso? A esas alturas, todo era posible, se dijo. La lógica no jugaba ningún papel.

Los cuatro hombres bajaron lentamente la escalera de madera hacia la enorme puerta de entrada del mismo material. Afuera hacía mucho frío, por lo que Bob y los hermanos Berowsky se pusieron sus respectivos sacos. El viento movía suavemente el pelo marrón y peinado hacia el costado de Nikola; lo mismo con el pelo de su hermano, salvo que a él particularmente usaba anteojos y el susodicho viento pegaba en el vidrio. El pelo de Bob no se movió en lo absoluto, posiblemente por su llamativo

estilo de la década de 1930. Escucharon el fuerte sonido de la puerta de la casa de Murphy cerrándose.

Bob estaba a punto de encaminarse calle abajo hacia su auto, acomodándose su pesado y abrigado saco e introduciendo las manos en los bolsillos, cuando sintió pasos rápidos y una mano agarrándolo del antebrazo. Era Nikola.

—Bob, mi hermano y yo queríamos decirte algo desde la semana pasada, pero como el profesor estaba con nosotros, no nos animamos...

Bob se giró completamente para atender a los muchachos.

—¿Qué pasa?

—Nos preocupa muchísimo la condición del profesor... de... Murphy.

—Así que ustedes también perciben algo malo...

—Jamás, en lo que lo conocemos y lo tenemos de profesor, ha actuado de una forma tan... tan...

—¿Infantil? —incurre Laurence.

—No, no es la palabra. Em... —gesticulaba con las manos y hacía caras intentando sacar la palabra que no le salía—. Dios, no me sale...

—No importa, Nikola —dijo Bob—. No necesito adjetivos para entender lo que quieren decir. Y sí, algo no anda bien en él. Lo conozco desde hace más años que ustedes dos, también fue profesor mío, así que lo conozco muy bien a Murphy.

“Vengan, caminemos hasta mi auto y charlemos. Después si quieren los llevo hasta su casa. Les contaré de mi amistad entre Murphy y yo.

Nikola y Laurence accedieron ansiosamente y siguieron los pasos de Bob. Aunque el viento les pegaba de frente, eso fue lo de menos para los tres.

—Vean, muchachos, hace nueve años comencé a estudiar en la Universidad de Miskatonic, y ahí conocí a Murphy. Era, o es, profesor de literatura medieval. Como fui el mejor alumno en esa materia, me seleccionó para ser su pupilo y estudiar manuscritos antiguos y esotéricos. Desde ahí, casi todos los días me junto con Murphy a hacer eso. Logramos descifrar varios grimorios. Ahora nos encontramos estudiando y traduciendo el *Manuscrito de Khodar*, pero no va al tema directamente. Si se lo preguntan: no, la droga esa que usa para viajar por el espacio no tiene nada que ver con el *Manuscrito de Khodar*. Que nosotros sepamos, no habla de ninguna sustancia que produzca esos efectos. A él siempre le gusta, eso sí, hacerse preguntas existenciales y metafísicas. Le encanta imaginar vida





en otros mundos. Lee mucha ciencia ficción, terror y temas de ese estilo. Es muy imaginativo.

—¿Entonces no le sorprendió tanto como a nosotros? —dijo Laurence.

—Créanme si les digo que me tomó por sorpresa —su voz era de seriedad y sinceridad absoluta—. Siempre fue un hombre tranquilo, en especial en clase, ustedes no me dejarán mentir. Tiene una paciencia de oro, y verlo comportándose de esa forma... —suspiró profundamente— me pegó fuerte. Pero, y se los digo ahora por si no lo saben, a Murphy no le gusta que lo frenen en sus objetivos. Es muy terco.

—¿Y cómo sabes tanto de astronomía? —se aventuró a preguntar Laurence—. Todo eso de la Gran Muralla de-no-sé-qué y la galaxia del otro nombre. Me asombraste

Bob se rió para romper la frialdad del ambiente.

—Me gusta la astronomía, pero a nivel científico, no filosófico como Murphy. Leo a menudo revistas astronómicas y estoy al tanto de los hallazgos de la NASA.

—¿Entonces todo lo que decía y anoté es verdadero?

Bob le dio la respuesta y ésta no le gustó a Laurence.

—¿Y qué vamos a hacer? —preguntó Nikola—. Creo que es capaz de aplicarse más de esa sustancia a la que llama *saturina*. ¡Puede sufrir una *sobredosis*!

—Lo sé muy bien, Nikola. Pero en el estado que está, si lo intentamos detener, puede ser la gota que rebalse el vaso.

—¿Qué se te ocurre? —interrogó Laurence.

—Nada.

—¿Nada? —dijeron los hermanos Berowsky.

—Es lo único que se me ocurre por ahora. Pensé desde la primera sesión en eso y barajé muchas posibilidades. Resolví que era mejor dejar que lleve a cabo su experimento por completo y ver qué pasa. Estoy seguro que en estos días tendremos que volver para, ojalá, terminar lo que quiere... o llegar al *universo desconocido*. ¿Entienden?

—Sí, entendemos —se permitió responder Nikola por ambos—. Tengo miedo de que sufra algo... no sé, parece estúpido lo que digo.

—No lo es, Nikola. Es una cuestión de humanidad.

Fue corta la conversación, pero Nikola y Laurence tuvieron demasiado. Finalmente, Bob los llevó a su casa. Se sintió calmado al hacerles saber a los muchachos de la peligrosidad de frenar a Murphy. Ojalá lo hayan entendido como él lo entiende.

Y se enteraría en la tercera sesión.

*10 / ALGO SOBRE LOS CIERRES

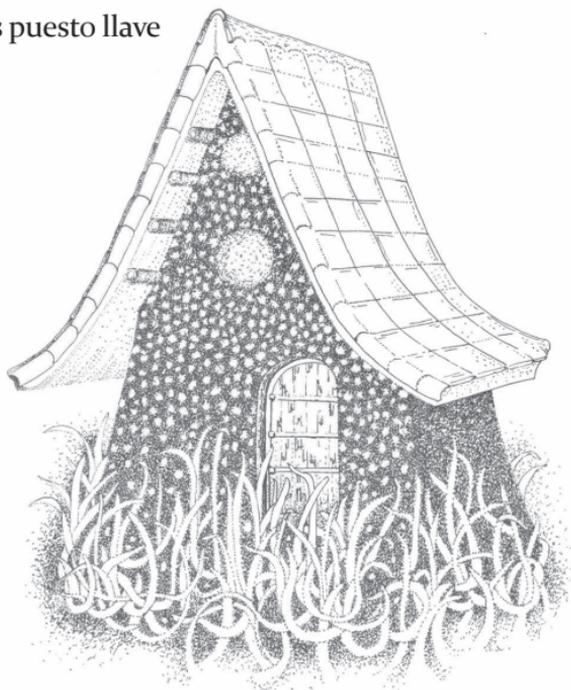
Una poesía de **Rocío Fernández Doval**, del libro **Rumi** (Ana Editorial)

siempre me dijiste que no cerraba bien las tapas
de las botellas, ni del dentífrico
ni de los tarros
entonces se iba el gas,
se secaba la pasta
se caían las cosas

siempre me costó cerrar
y nos reíamos de eso
porque yo en el fondo
creía que no era necesario

vos en cambio siempre volvías
a la puerta de tu casa
a corroborar que hubieras puesto llave

y el ritual se repetía
incansablemente





www.senadoer.gob.ar



PRE SEN TES ✓

Un programa del Consejo General de Educación para el fortalecimiento a iniciativas sociocomunitarias de apoyo escolar y acompañamiento a las trayectorias educativas.

Para más información:

www.cge.entrerios.gov.ar

 **entrerios**
GOBIERNO

CRECEMOS CUANDO INVERTIMOS EN EDUCACIÓN